

María Teresa Brachetta

Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina

mabrachetta@gmail.com

CATOLICISMO Y POLÍTICA EN LA ARGENTINA: UNA MIRADA SOBRE EL LARGO PLAZO

El Mito de la Argentina laica, de Fortunato Mallimacci.
Buenos Aires: Capital intelectual, 2015. 272 pp.

El *Mito de la Argentina laica* pone ante los lectores una larga historia de vínculos, cercanía, negociación, instrumentación de la religión entre diversos actores de la política, el Estado y el universo católico. No se propone una reconstrucción histórica minuciosa, más bien selecciona “momentos típicos-ideales” que resultan significativos para entrever las relaciones habidas entre la religión y la política en una periodización que atiende al largo plazo, que va desde mediados del siglo XIX al presente.

En este sentido se puede decir que el libro ofrece tres contribuciones notables:

- recoge, sistematiza y compila un conjunto notable de evidencias empíricas construidas por diversas investigaciones.
- ofrece esa sistematización en un marco sintético para

un público amplio y “no especializado”. Es decir se propone poner en contacto, virtuosamente, el campo académico con diversos públicos y estimula la reflexión crítica de un “sentido común” que ha naturalizado el vínculo entre la religión católica, el Estado y la nación.



- fortalece y expande la vitalidad y el reconocimiento del campo de estudios de la religión al poner en circulación masiva temas y cuestiones encerradas en círculos más estrechos.

Al convertir el universo cultural católico en un objeto de estudio histórico, el libro contribuye a desnaturalizar las relaciones entre religión y política. Esas relaciones –hasta hace no tanto tiempo– aparecían intocadas en el campo académico. Y se podría decir, también en la mayoría de las narrativas históricas sobre la nación.

Igualmente reconocible es el empeño puesto en el análisis histórico del largo plazo, sostenido por la acumulación de evidencia empírica. El enfoque desplegado además se sobrepone a formas poco felices de ejercicio historiográfico. Aquellas propensas a la lectura maniquea que congela visiones esencialistas y que coloca en un lugar todas las virtudes y, simétricamente en otro, todos los defectos. Visiones poco afines al matiz y a la aceptación de las contradicciones, incapaces de anclar y articular coyuntura y larga duración, que enfatizan en el fragmento y obturan miradas complejas.

La hipótesis de que en el país ha existido, por largo tiempo, una matriz político religiosa hegemónica que vincula religión católica y política se despliega en un análisis que recorre desde fines del siglo XIX hasta entrado el XXI, pero hace foco en la décadas del 1930 a 1960. Y ofrece múltiples evidencias de que han sido estas últimas décadas –la de los años 30 a los 60– los momentos de mayor afianzamiento de esa matriz. No obstante, si al autor se esfuerza en ofrecer evidencia de la existencia de esa matriz, que penetra en todos los poros de la cultura política de los argentinos construida en el largo plazo, también le importa destacar que esa matriz opera de diferentes modos en cada coyuntura.

Al hacerlo, el autor pone el foco sobre la multiplicidad y diversidad de actores que han puesto en juego esa matriz. Esta perspectiva incita a advertir expresiones contradictorias y hasta conflictivas de esa matriz. Como dice el autor: “Lo católico se expande en diferentes direcciones e impregna el Estado, la sociedad y múltiples imaginarios y visiones del mundo”. Es decir, no hay un catolicismo, sino muchos y diferentes. Así también, no hay un único actor vehículo y expresión del catolicismo –la Iglesia católica– sino muchos, en buena medida en tensión y conflicto: la jerarquía, los fieles, las organizaciones de laicos, diferentes experiencias



de militancia juvenil católica, por nombrar algunos. Tampoco lo político está analizado en clave unidimensional, sino en la multitud de expresiones y actores que lo ponen en circulación y escena: los partidos, los movimientos sociales, las organizaciones de la sociedad civil, las protestas callejeras y otros.

El análisis de la relación entre lo religioso y lo político no se aplana a la relación entre Iglesia católica y poder político, que es –no obstante– una dimensión importante para el autor, sino que se enriquece con una mirada a múltiples articulaciones entre diversos actores de lo religioso y lo político.

El autor parece proponerse asimismo interpelar a los lectores sobre la carga ideológica contradictoria que conllevan ciertas sentencias o apotegmas. Ciertos términos sobre los que nos plantamos a diario para pensar, actuar, opinar, militar. Muchas de esas sentencias/ideas/palabras –dice Mallimacci– están informadas por una trayectoria histórica que se desdibuja a partir de su uso naturalizado por el “sentido común”. Al usarlas sin revisarlas las reproducimos acríticamente.

Por eso, el autor propone un recorrido para descubrir la carga simbólica, el imaginario político ideológico, el contexto y los propósitos de los actores que las formularon.

Como nos ha enseñado la renovada historia cultural, las ideas se expresan en un lenguaje que no se construye en el vacío. Los significados están profundamente vinculados al contexto, al sentido y los propósitos de los actores, a sus colocaciones y disputas en el contexto. Las ideas no son totalidades unívocas congeladas en el tiempo sino que se elaboran y reelaboran al paso de la lectura y la apropiación que hacen los actores que las portan en cada coyuntura. La reproducción acrítica es lo que posibilita la continuidad de esa matriz de sentido político religiosa hegemónica.

En este sentido, podemos decir que las palabras-ideas puestas en el contexto en que fueron formuladas no solo recuperan la potencia y la fuerza del momento de su formulación, sino que además, exhortan a los lectores sobre su problematicidad, y sobre los riesgos de su “uso” anacrónico.

Desde el primer capítulo el autor se dedica a argumentar y cuestionar “el mito de origen de una república laica”, asediada luego en el siglo XX por el proyecto de la “nación católica”, es decir un catolicismo que descubriría las virtudes

de ensamblarse con un proyecto de nación. Desde el mismo momento de la implantación del orden revolucionario republicano, presuntamente inscripto en la secularización antimonárquica, la religión católica habría sido funcional a la necesidad de disciplina y cohesión que demandaba la nueva organización estatal. La preocupación de lograr cohesión identitaria informa los enunciados de los intelectuales de la época (Alberdi, por caso, Sarmiento). ¿Por qué sino instaurar el catolicismo como religión del Estado expresa en los documentos que sirven de base al nuevo orden constitucional? Al parecer el antihispanismo y la idea de la religión como atraso y rémora convivieron y se articularon con la demanda de un nuevo orden estatal. Si existieron, ¿cuáles son las articulaciones entre la “religión cívica” –propuesta por los liberales– y el catolicismo? Aquí el autor ofrece un repertorio de observaciones que incitan a advertir la contradicción entre la subordinación de la Iglesia católica al poder estatal, y la legitimación del poder simbólico de la religión católica en el proceso de consolidación del Estado nacional.

Asimismo, todo el discurso legitimador del control estatal sobre la conflictividad social –“cuestión social”– de fin de siglo se asienta en la moral cristiana, que además de ofrecer ese marco de regulación y disciplina para la vida privada de los nuevos ciudadanos, ofreció una identidad de sustitución –“lo católico”– para los inmigrantes. La identidad católica constituiría entonces un punto de intersección que permitiría recrear una identidad de pertenencia a los migrantes. Por ese tiempo, la consolidación y centralización del poder del Estado vaticano, con Pío IX y el Concilio Vaticano I, y las relaciones que instaura con los nuevos Estados latinoamericanos, aparecen como otra fuente de contradicciones de aquello que se ha concebido como el proceso de afirmación de Estados liberales e identidades laicas en América Latina.

El surgimiento del catolicismo “integralista” en las primeras décadas del siglo XX agenda la necesidad de reflexionar sobre la aparición de “otro catolicismo” preocupado por la conflictividad y la amenaza identitaria de los universalismos de izquierda (socialismo y anarquismo). Este catolicismo se propondrá articular lo católico con lo nacional, como anclaje para una identidad de sustitución para los recién llegados.

El autor propone entonces advertir en el recorrido histórico la identificación de diferentes catolicismos: uno



“liberal” preocupado por el orden, uno “burgués” que atiende a disciplinar y a nacionalizar desde la moral cristiana. Luego el surgimiento de otros nuevos catolicismos: “intransigente” “integralista”, “integrista”, “social o de acción”, “espiritualista o místico”: todas categorías que ofrecen evidencia de la diversidad y la articulación de discursos competitivos y contradictorios en el interior de un catolicismo que no es uno sino muchos.

Persiguiendo la trayectoria histórica, el autor llama a internarse en esta diversidad de experiencias y categorías que dan cuenta de un fenómeno complejo, compuesto por diversas identidades en tensión y disputa. Al mismo tiempo, presenta la manera en que esos catolicismos ensamblan, intervienen, instrumentan, modulan y ofrecen discursos identitarios a los actores de la escena política: partidos, Fuerzas Armadas, sindicatos, organizaciones civiles. En esa sociedad pluriétnica y aluvial de las primeras décadas del siglo, los diversos catolicismos parecen subordinarse al catolicismo intransigente o integral en lucha contra la universalización de las ideologías seculares: liberalismo, socialismo, comunismo. En esa trayectoria el catolicismo intransigente se “nacionaliza”, se reinventa como fuente de identidad nacional y despliega un vigor cohesivo hegemónico que se prolonga con fuerza desde los primeros 30 a la década del 40. Sin embargo, va a ser en el interior de lo que parece ser una identidad homogénea que conviven múltiples y contradictorios clivajes en disputa permanente.

La vitalidad identitaria del catolicismo integral tiene su correlato en la proyección de la institución, en la conformación del clero y en la expansión de la jerarquía y su vinculación con el poder político, pero sobre todo en la movilización de los “católicos de a pie”. La creación de la Acción Católica constituye un dispositivo central en la ruta de popularizar el catolicismo y dotarlo de bases y cuadros militantes. Su estructura, las formas de reclutamiento, las estrategias de adoctrinamiento, la producción discursiva, las prácticas militantes de reflexión (lectura de la Biblia) y de acción (“ganar la calle”) son descriptas con minuciosidad por el autor. Al mismo tiempo, incitan a pensar la forma en que esa matriz organizativa y mesiánica, su concepción del compromiso y de la “misión” militante, se ha proyectado a otros actores religiosos y políticos en épocas más recientes. Por caso, la forma en que esa matriz reaparece en las organizaciones revolucionarias insurreccionales de los

60-70. No obstante esta matriz que da lugar a una estructura fuertemente cohesionada y sólida, va a sucumbir bajo las tensiones de la disputa doctrinal, ideológica, política.

En su mirada de largo plazo el autor no elude ni desconoce las interpretaciones que vinculan el integrismo católico a los orígenes del peronismo, pero propone ampliar el registro de análisis para advertir que la experiencia peronista operó “dislocando” el proyecto prefijado de la “Nación Católica” para refundar su propio proyecto. Y ofrece como evidencia de esta “dislocación” la reapropiación y la torsión particular que hizo el peronismo de algunos motivos de la discursividad católica integral y nacionalista: por caso el par pueblo/trabajadores. Evidencias de esas reapropiaciones se pueden ver en la discursividad de personajes tan singulares y contradictorios como Eva Perón, el sacerdote Hernán Benítez y el propio Perón. Luego, en los años 60, al ritmo de los nuevos tiempos, el catolicismo tercermundista produciría su propia flexión sobre motivos del catolicismo integral influidos por la renovación del Concilio Vaticano II y al paso del “compromiso con los pobres” enunciado en Medellín. En el desarrollo del capítulo se puede reencontrar los actores y movimientos en que se desplegaría la militancia tercermundista en diversos ámbitos: pastoral, social, intelectual y político, y que propiciaría a un tiempo el diálogo con las nuevas izquierdas y los movimientos políticos insurreccionales.

No podemos extendernos mucho más, pero debemos decir que no quedan fuera del análisis los tensionados y contradictorios actores católicos que se enfrentaron, tanto en la última dictadura como en el retorno a la democracia.

Asimismo, que si se puede reconocer que ha habido catolicismo proactivo en la construcción de sociedades más justas, también conviene advertir una fuerte vinculación entre católicos y FFAA en la trayectoria histórica del largo siglo XX, a la cual el autor le dedica un capítulo del libro.

Finalmente, el autor advierte que en el siglo XXI la hegemonía del catolicismo integral parece extinguirse. Los procesos de pluralización e individuación cultural han diluido la hegemonía de una matriz de redención religiosa que logró hegemonizar adhesión religiosa y política. Sin embargo, el autor no se guarda una última interpelación: ¿es Francisco el profeta que viene a intentar reverdecer el catolicismo integral y de masas que fuera a un tiempo instrumento de diversos actores políticos, y vehículo para el crecimiento de



su legitimidad cultural?

El libro pone en circulación muchas preguntas, pero su objetivo principal parece ser la exhortación a pensar los fenómenos y la trayectoria político-religiosa del país como compleja y atravesada de contradicciones, que no autoriza definiciones binarias como la oposición entre una república laica, progresista y plural, asediada por una “nación católica integral y conservadora”. Hay en esa trayectoria cruces, matices, contradicciones. Pero también ensambles y continuidades. Así como el catolicismo integral estableció afinidades con la FFAA por la defensa del *statu quo*, también las tuvo con sectores de la militancia insurreccional y revolucionaria por la justicia social. Ese catolicismo parece diluirse en la Argentina actual, sin embargo la Iglesia católica se resiste a renunciar a su relación de hegemonía y privilegio con el poder político.

Fecha de recepción: 14 de febrero de 2016

Fecha de aceptación: 10 de marzo de 2016



Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

